

***La Voz de la Iglesia* y el discurso católico sobre la ciencia en la Argentina de fines del siglo XIX (1885-1895)**

The Church voice and the Catholic speech about science in Argentina at the end of the XIX century

Diego Castelfranco

IDES/UNGS/Becario CONICET

Resumen

Aunque durante un largo período la historiografía tendió a estudiar el vínculo entre cristianismo y ciencia en clave de *conflicto*, a lo largo de las últimas décadas, y particularmente de mano de autores anglosajones, se comenzó a reemplazar dicha perspectiva por una que atendiera a la *complejidad*. Partiendo de dicha base, este artículo intenta reconstruir el discurso elaborado con respecto a la ciencia en el periódico *La Voz de la Iglesia*, publicado entre los años 1893 y 1911 y fuertemente vinculado al Arzobispado de Buenos Aires.

En las páginas de dicho periódico puede observarse un esfuerzo constante por mostrar a la Iglesia Católica en armonía con el progreso de la ciencia, partiendo de un discurso con una raigambre tomista según el cual, aunque la razón no está de ningún modo reñida con la fe y de hecho la apuntala, las verdades reveladas nunca dejan de tener la primacía en tal ecuación. En este sentido resulta fundamental una división que se realiza entre la “mala” y la “buena” ciencia, la primera de ellas aliada de la fe y la segunda homologada a un acto de soberbia humana por completo inconducente, que es crecientemente identificada con el positivismo.

Palabras clave: cristianismo y ciencia – Iglesia Católica – siglo XIX.

Abstract

Although for sometime the historiography has tended to study the link between Christianity and science through the lens of *conflict*, in recent decades, and particularly among Anglo-Saxon authors, the dominant perspective has started to shift towards a vision that emphasizes *complexity*. Building upon such changes, this article aims to reconstruct the discourses about science voiced by the newspaper *La Voz de la Iglesia*, published between 1893 and 1911 and, strongly connected to the Archbishopric of Buenos Aires.

In the pages of this newspaper one can observe a constant effort to depict a Catholic Church in harmony with scientific progress—one building upon a neo-thomistic discourse, according to which faith was by no means an enemy of scientific research, but was necessarily subordinated to Revelation. In this sense, a division between a “good” and a “bad” science proves essential, the first one being postulated as an ally of faith and the second as an act of absurd human arrogance—arrogance that would increasingly attributed to positivism.

Keywords: christianism and science – Catholic Church – XIX century.

Introducción¹

*It is true, that a little Philosophy inclineth
Mans Minde to Atheisme; But depth in Philoso-
phy, bringeth Mens Mindes about to Religion.*

Francis Bacon

A lo largo de las últimas décadas, la clásica historiografía que analizó el vínculo entre cristianismo y modernidad en los términos de una mutua exclusión tendió a ser puesta en duda. Dicha lectura cobró vuelo en la segunda mitad del siglo XIX, bajo la advocación de intelectuales liberales y anticlericales, dividiendo el campo de la discusión entre quienes sostenían la acción benéfica del cristianismo con respecto al progreso humano, y aquellos que postulaban exactamente lo contrario. En este esquema de opuestos irreconciliables –que según Christopher Clark se mantendría con vida, aunque ciertamente relativizado, a través de la “teoría de la modernización” (Clarke, 2003: 12)–, la Iglesia Católica se convirtió en el epítome de la lucha oscurantista contra el avance de la civilización.

Aunque dicho andamiaje conceptual comenzó a ser deconstruido ya hace décadas, no fue esto tan reciente en la historiografía argentina. De hecho, y aunque implique esto incurrir en una exageración, podría afirmarse que el libro de Roberto Di Stefano y Loris Zanatta *La historia de la Iglesia Argentina*, publicado en el año 2000, se constituyó como un esfuerzo si no pionero al menos simbólicamente fundacional en la construcción de una “historiografía laica” que le rehuiera tanto a uno como a otro bando. A partir de entonces un nuevo conjunto de investigaciones pudo abocarse a la tarea de analizar, más desprejuiciadamente, el modo en que la Iglesia argentina intentó adecuarse a una realidad atravesada por radicales transformaciones, que amenazaban con hacerla trastabillar en el caso de que no pudiera a su vez *aggiornarse* a los nuevos tiempos.

Pudo verse, de ese modo, cómo la Iglesia se vio obligada a transigir con numerosos aspectos del aluvión moderno –y posiblemente “transigir” no sea la palabra más adecuada, ya que conduce a la idea de un rechazo negociado, mientras que en ciertas cuestiones es posible referirse a una recepción entusiasta. Sólo por poner algunos ejemplos, pueden ser señalados los trabajos de

¹ Deseo agradecer a Miranda Lida, por su lectura de este trabajo y su apoyo al proyecto más amplio en que se enmarca. También a Miguel de Asúa, cuyas palabras me permitieron profundizar en algunas cuestiones básicas que atañen al vínculo entre la Iglesia Católica y la ciencia. Cualquier error o falencia interpretativa, de más está decirlo, se encuentra del lado de quien escribe este artículo.

Miranda Lida sobre la utilización de la prensa por parte de los católicos y sobre la estrecha interrelación entre el desarrollo institucional y material de la Iglesia con iniciativas emanadas de la sociedad civil, o los estudios de Diego Mauro con respecto a las nuevas modalidades de la movilización católica.

En este artículo, y dentro del marco antes expuesto, se analiza uno de los temas que en su momento supo estar cargado de una densidad problemática particularmente álgida: el vínculo entre la Iglesia católica y la ciencia. Aunque el estudio de la relación entre el cristianismo y una comunidad científica progresivamente laica –e incluso anticlerical, en algunos casos–, depositaria de una ascendiente legitimidad social, nutre un caudal bibliográfico nada desdeñable, los trabajos que pretenden iluminar este tema para el caso argentino son muy escasos. El presente texto intenta realizar un aporte a dicha área a partir del periódico *La Voz de la Iglesia* que, sin ser reconocido como su vocero oficial, se encontró estrechamente vinculado al Arzobispado de Buenos Aires durante un tiempo álgido en las pugnas por la laicización del Estado en la Argentina. El período abarcado es el decenio 1885-1895, que se inicia en el ojo de la tormenta representada por los debates con respecto a la educación pública y a los alcances del registro civil, y finaliza cuando ya la peor parte del conflicto había concluido –dos años después, a su vez, de que se publicara la encíclica *Providentissimus Deus*, a través de la cual el papa León XIII flexibilizó parcialmente la incorporación de investigaciones científicas a la exégesis bíblica.

En este artículo se intenta enfatizar cómo los editores del periódico estaban muy lejos de presentar una faz estrictamente anticientífica: partiendo de ideas vinculadas al neo-tomismo, se esforzaron por demostrar que la ciencia es en realidad una aliada privilegiada de la fe, ya que la “adecuada” profundización en ella no puede más que reforzar las verdades reveladas. Eso no significa, sin embargo, que *toda* la práctica científica fuera aceptada: era también necesario resguardarse contra una “mala ciencia” que, cada vez más asociada con el positivismo, pretendía negar el dogma católico haciendo un uso indebido y erróneo de la razón humana.

La actitud de la Iglesia Católica frente a la ciencia en un escenario trastornado

La amenaza sobre los territorios pontificios debe observarse como un elemento central para entender algunas medidas como la proclamación de la infal-

ibilidad papal o la publicación de las encíclicas *Quanta Cura* y *Syllabus*, en 1864, que expresaron un discurso profundamente anti-moderno. La Iglesia Católica procuró defenderse de los desafíos a los que se vio enfrentada desplegando, durante este período, una postura de sólida intransigencia con respecto a los valores de un movimiento liberal y laicizante al que consideraba en proceso de aplastar sus prerrogativas. A modo de ejemplo, y a pesar de que dicho fragmento haya sido objeto de interpretaciones más o menos literales en su propio tiempo, se puede citar el famoso punto 80 del compendio de errores modernos reunidos en el *Syllabus*: “El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización.”²

Es válido preguntarse, entonces, cómo evolucionó la relación de la Iglesia Católica con un discurso científico cuya difusión y popularidad aumentó profundamente a lo largo del siglo. Como una primera respuesta, puede señalarse que el vínculo entre fe y ciencia representó una cuestión acuciante para la mayor parte de las denominaciones cristianas –aunque, es razonable argüir, la situación crítica en la que se encontró el catolicismo durante la segunda mitad del siglo XIX lo condujo a sostener una postura particular a este respecto.

En esta línea, Nicolaas Rupke sostiene que durante el siglo XIX comenzó a producirse una “disonancia cognitiva” entre la ortodoxa “cosmogonía mosaica” y el estudio científico de los orígenes. Ésta fue, en un primer momento, una cuestión que atañó principalmente a la religión dentro de la ciencia más que al impacto de la ciencia dentro de la religión, y ante la cual se pretendieron buscar diferentes “esquemas de armonización”. Dichos esquemas apuntaron a reconciliar el relato del Génesis con los nuevos descubrimientos geológicos, y Rupke señala tres matrices principales a través de las cuales esto se llevó adelante: la visión “concordista”, que entendía cada día de la creación como una edad histórica; la exégesis de la restitución, según la cual el mundo material fue creado en un primer momento, hace una cantidad indefinida de tiempo, y las etapas posteriores de la creación divina llegaron en una segunda etapa; y la línea idealista, que convierte los días del Génesis en ideas rectoras no temporales y que no están por lo tanto ordenadas cronológicamente (Rupke, 2006: 167-169).

Con el paso de los años, sin embargo, esta cuestión abandonó su naturaleza mayormente inter-religiosa para convertirse en un tema polémico que invo-

² Encíclicas *Quanta Cura* y *Syllabus*, 1864, <http://www.filosofia.org/mfa/far864a.htm>.

lucró a distintos científicos y organizaciones anticlericales. Miguel De Asúa presenta como los dos ejemplos más claros en este sentido a Thomas Huxley, biólogo británico, y Ernst Haeckel, biólogo y filósofo alemán. Tanto el uno como el otro se enzarzaron en agudas polémicas con referentes cristianos, y sostuvieron que dicha religión –y sobre todo el catolicismo– era enemiga del progreso científico (De Asúa, 2009: 224). Huxley, un acérrimo defensor del darwinismo, afirmó por ejemplo que existía “un antagonismo completo e irreconciliable [entre la evolución] y ese vigoroso y consistente enemigo de la más alta vida intelectual, moral y social de la humanidad: la Iglesia Católica”.

Recuperando la lectura realizada por Rupke, es necesario situar estas discusiones en su debido marco: el conflicto tenía como trasfondo material una lucha por el dominio de los espacios académicos, en un período a lo largo del cual las ciencias atravesaron un proceso de institucionalización y profesionalización que estuvo acompañado por un creciente resentimiento con respecto a la posición ocupada por autoridades eclesiásticas dentro de dichos ámbitos (Rupke, 2006: 177-180). Puede considerarse, de todos modos, que en el largo plazo las nuevas camadas de científicos resultaron triunfantes, lo que condujo al retroceso de los planteos fundados en la teología natural y en el diseño divino. Y tal proceso no ocurrió, según este autor, solamente en las altas esferas intelectuales, sino que comenzó a popularizarse por medio de distintas publicaciones de divulgación que comenzaron a eludir el carácter explicativo de la injerencia divina; dentro de dicho corpus textual, afirma Rupke, la obra *Kosmos*, de Alexander von Humboldt, puede citarse como una de las más influyentes (De Asúa, 2009: 172-174).

Por otro lado, tanto Rupke como De Asúa coinciden en que las diferentes denominaciones cristianas no vieron en el avance de las ciencias naturales a su mayor enemigo, sino en el desarrollo de las lecturas histórico-críticas de la Biblia (Rupke, 2006: 171 y De Asúa, 2009: 231). Esta vertiente, enunciada con relativa simpleza, comenzó a estudiar los textos sagrados del cristianismo –en particular el Viejo Testamento– aplicándoles la misma lectura que a los textos profanos, aportando por tanto a su desentronización en cuanto portadores de una verdad revelada por Dios y, en ese sentido, indiscutible. Como lo expresa De Asúa:

“La tradición consideraba que el texto sagrado era inspirado por el Espíritu Santo y por consiguiente carecía de error (inerrancia). Ése es el fundamento último de la lectura literal. Pero con el creciente surgi-

miento de la conciencia histórica se comenzó a explorar la posibilidad de tratar la Biblia como cualquier otro libro, a investigar sus orígenes en la historia de Israel y a entender el texto como producto de un actor humano” (De Asúa, 2009: 229).

Estas polémicas, como antes se mencionó, atravesaron al conjunto de las denominaciones cristianas –al menos en Europa Occidental y América Latina–, pero puede afirmarse que la Iglesia Católica reaccionó de un modo particularmente fuerte contra ellas. Según De Asúa, los católicos interpretaron estos nuevos frentes como un producto del avance liberal, y percibieron en estas lecturas vinculadas a la ciencia un arma que tenía el objetivo de deslegitimarla (De Asúa, 2009: 243). Tanto la discusión sobre la cientificidad del Génesis como la lectura crítica de la Biblia fueron juzgadas como elementos disolventes para el dogma católico de los cuales era necesario defenderse. Esta postura se mantuvo con particular fuerza durante el pontificado de Pío IX (1846-1878), atenuándose parcialmente con León XIII (1878-1903).

En este contexto, De Asúa señala que para fines del siglo XIX la ortodoxia católica se conservaba incólume. Citando un estudio realizado por Ramón Juste, afirma que los teólogos católicos sostenían la creación inmediata de los primeros humanos, argumentando a partir de las Sagradas Escrituras y la opinión de los Padres de la Iglesia. De este modo, “Los teólogos estudiados por Juste consideraban que los Padres estaban de acuerdo respecto a la formación inmediata del cuerpo de Adán por Dios. En cuanto a los argumentos de razón, la mayoría de estos autores estaban convencidos de la inmutabilidad de las especies y del precario carácter científico de la teoría evolutiva” (De Asúa, 2009: 252). Del mismo modo, y al menos hasta la publicación de la encíclica *Providentissimus Deus* en 1893 –que flexibilizó levemente la cuestión– defendían la lectura literal de la Biblia.

No obstante lo anterior, quizá estas tendencias hacia el literalismo bíblico no deban ser leídas necesariamente en los términos de un *conflicto* entre ciencia y religión. Como dicen Mariano Artigas, Thomas Glick y Rafael Martínez, las visiones basadas en el antagonismo dieron lugar en las últimas décadas al avance de la “tesis de la complejidad”, de acuerdo a la cual los conflictos particulares deben ser entendidos en su contexto, por lo cual una visión totalizadora que asume el conflicto como hipótesis operativa tiende a resultar reduccionista (Artigas, Glick y Martínez, 2006: 5). En este sentido

puede ser interesante enfocarse brevemente en la figura de León XIII, quien, hasta cierto punto, parece haber realizado un intento por mostrar a una Iglesia algo más abierta al influjo de la modernidad –aunque, ciertamente, en un grado que estuvo lejos de ser extraordinario.

Según Robert P. Kraynak, dicho pontífice articuló de dos maneras su estrategia para responder a los desafíos que el período planteaba: por un lado, estimulando una revitalización del tomismo que pudiera “hacer avanzar a la Iglesia encontrando respuestas en fuentes medievales y escolásticas”; y, por otro lado, “empujando a la Iglesia hacia una distinción más clara entre aquellas verdades que son esenciales e inmutables y otras verdades que están legítimamente abiertas al cambio porque son juicios de prudencia elegidos para ajustarse a las circunstancias del mundo moderno, industrial y democrático” (Kraynak, 2007: 529).

Kraynak hace referencia a una carta pastoral de León XIII escrita en 1877, cuando era todavía Arzobispo de Perugia y faltaban dos años para que fuera nombrado pontífice, en la que se esfuerza por relativizar los contenidos del *Syllabus*.³ Enfatiza en ella que “...la Iglesia católica no es hostil a ninguna fase del progreso; no es incompatible con la civilización, ni siquiera en sus aspectos puramente materiales”, argumentando que el *Syllabus* no se opone a la “verdadera civilización”, sino sólo a aquella que apunta a destruir al catolicismo. Afirma, al mismo tiempo, que la Iglesia no es enemiga de la ciencia, porque ésta permite un mayor conocimiento del “universo del Creador”; en sus palabras, “un poco de conocimiento aleja de Dios, pero mucho conocimiento conduce de nuevo hacia Dios” (Kraynak, 2007: 529).

En esta misma línea la encíclica *Aeternis Patris*, de 1879, resulta interesante en su invitación a recuperar el tomismo en cuanto modelo filosófico-teológico basado tanto en la razón como en la fe. No puede desestimarse la relevancia que la encíclica otorga a la razón, en un período en que los detractores de la Iglesia pretendían utilizarla como arma fundamental para atacar el dogma católico. La encíclica manifiesta la necesidad de refundar una filosofía católica basada en el tomismo con el objetivo de, entre otras cosas, hacer frente con mayores herramientas a los sectores anti-eclésiásticos. Y, no debe soslayarse, en dicho mensaje se afirma explícitamente que la filosofía escolástica no se opone al avance

³ La carta pastoral se titula *La iglesia y la civilización*, y posteriormente sería publicada en forma de libro. Se puede acceder a ella en el sitio: <http://archive.thetablet.co.uk/article/23rd-march-1878/17/pope-leo-xiii-on-modern-civilisation-and-the-church>.

de las ciencias naturales, sino que de hecho sus conclusiones se muestran de acuerdo con ellas.⁴ Puede afirmarse que la Iglesia buscaba plantear una discusión sobre el significado de “lo científico”, buscando demostrar cómo era ella la que impulsaba el desarrollo de la “ciencia verdadera”.

Según se verá más adelante, el discurso elaborado por *La Voz de la Iglesia* con respecto a estos temas sigue una línea muy semejante a la que se expresa en estos dos documentos.

Los encuentros y desencuentros entre religión y ciencia en la Argentina analizados a partir de *La Voz de la Iglesia*

Observando la magnitud que supieron alcanzar las polémicas entre ciencia y Revelación, sería difícil imaginar que éstas no llegaran a la Argentina. Y, al panorama general antes desarrollado, es necesario sumar el hecho de que la Iglesia argentina moderna, según Di Stefano y Zanatta, nació a la sombra de la romanización impulsada desde el Vaticano. Como dicen estos autores, “Inmersa en un clima en el que la vida pública se emancipaba de la tutela de la Iglesia y de su doctrina, aquélla identificó en el cordón umbilical que la unía a la Santa Sede una fuente vital de defensa contra sus enemigos y de energías para resistir, reforzarse y preparar la contraofensiva” (Di Stefano y Zanatta, 2009: 343). Dado que dicha institución, en pleno proceso de reorganización, se encontró por lo tanto profundamente imbricada con el papado, es razonable suponer que los debates en los que éste se vio envuelto fueran de algún modo replicados en su propio país –sobre todo considerando que también en la Argentina la Iglesia libró un duro conflicto con los liberales laicistas.

La Voz de la Iglesia, en este sentido, parece un medio de gran utilidad para observar tales fenómenos. La dirección de este periódico, fundado en 1882, correspondió, según Néstor Auza, al Presbítero Juan M. Terrero –posteriormente nombrado obispo de La Plata-, quien sería reemplazado en el cargo por el presbítero Juan López a partir de 1887. Tanto Terrero como uno de los colaboradores principales del diario, el doctor José Arrache, habían finalizado su carrera eclesiástica en el Colegio Pío Latino Americano de Roma, y Arrache había recientemente retornado al país. Al mismo tiempo, el periódico funcionó durante la mayor par-

⁴ Encíclica *Aeternis Patris*, 1879, http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_04081879_aeterni-patris_sp.html.

te de su existencia en un local cedido directamente por el Arzobispado. Según escribía el Arzobispo Mariano Antonio Espinosa en una comunicación al Presbítero Florencio Villanova Sanz, cuando en 1911 éste había propuesto comprar *La Voz de la Iglesia* y solicitaba para ello el apoyo de la Curia, “desde la muerte del Señor Canónigo López q.e.p.d. dicho diario dejó de ser órgano de esta Curia, que se desprendió entonces de todo derecho de propiedad sobre el mismo y de toda ingerencia en su marcha económica”.⁵ Este fragmento indica que el periódico sí había sido sostenido por el arzobispado en años anteriores, lo cual cimienta la idea de Auza según la cual “No podía, pues, *La Voz*, más que ser un órgano oficioso aunque no oficial, como lo daba a entender su nombre” (Auza, 1975: 155). Este medio, entonces, funcionó como un órgano muy estrechamente vinculado con la curia, y de hecho contó entre sus principales propósitos –aunque estuviera muy lejos de ser el único, ya que también se ocupó muy ampliamente de temas políticos y económicos- el de reproducir los documentos publicados por las altas jerarquías eclesásticas, tanto locales como internacionales.

La “buena ciencia” como aliada de la fe

Como primer punto es preciso recalcar que el tema de la ciencia no ocupa un papel nada menor a lo largo del período estudiado (1885-1895) en las páginas de *La Voz de la Iglesia*. De hecho, en el primer quinquenio las notas dedicadas a la cuestión son extraordinariamente abundantes, tomando un cariz casi obsesivo en los últimos años de la década. Dicho lo cual, es preciso realizar una importante aclaración: más allá de que la polémica entre ciencia y religión se encuentre presente en un gran número de artículos, el área que ocupa un mayor espacio es el de la divulgación científica, lo cual indudablemente se relaciona con un cierto “espíritu de época” y era una temática común de otros diarios liberales cuyo formato servía como modelo a *La Voz de la Iglesia*. Con respecto al segundo quinquenio abordado (1890-1895), las cuestiones científicas mantienen una presencia considerable, pero parecen retroceder un poco ante el avance de la información referida, de un modo todavía fragmentario y no del todo cohesionado, a la “cuestión social”.

Uno de los fenómenos más llamativos con respecto al discurso que el periódico dedica a la ciencia a lo largo de todo el período consiste en el desdo-

⁵ *Revista Eclesiástica del Arzobispado*, año XXI, 1911: 383.

blamamiento que realiza entre una “buena ciencia” –benéfica para la humanidad y en completo acuerdo con las verdades de la Revelación– y una “mala ciencia” –atravesada por una razón soberbia que apunta más allá de sus límites naturales. Esta distinción puede observarse en un gran número de artículos que, o bien atacan ciertas ramas del saber a las que consideran excederse en sus atribuciones, o se defienden de ataques lanzados desde sectores antieclesiásticos según los cuales la Iglesia es oscurantista y se encuentra inevitablemente reñida con el progreso científico. Al mismo tiempo, la enorme cantidad de artículos de divulgación publicados en el diario, que en general presentan distintos avances técnicos con un tono celebratorio y una total asepsia ideológica, abona la idea de que para los redactores del periódico el avance científico no posee, en sí mismo, nada esencialmente condenable.

El discurso sobre la ciencia, entonces, manifiesta una duplicidad entre una práctica valorable y otra que no lo es, pero esto no quita que en el fondo subyazca un axioma según el cual en *todos* los casos la Revelación es superior a la razón; sólo que, cuando el análisis científico es utilizado apropiadamente, se concilia perfectamente con la verdad revelada y de hecho la apuntala. Se citará a continuación el fragmento de un artículo publicado en 1885 que expone ese punto con claridad:

“Porque como dice Santo Tomás, todas las ciencias se fundan en principios conocidos por la ley de la razón, que puede alguna vez engañarnos, y de hecho nos engaña, en atención a su debilidad después del pecado, según desgraciadamente lo demuestra de una manera cumplida la historia de sus aberraciones.

Más la teología apoya sus conclusiones en principios revelados que no pueden menos de ser verdaderos, a no ser que pretendamos negar la existencia de Dios, que es autor del atributo de la divina veracidad. [...] Armonizar la fe con la razón, demostrar en el terreno científico la perfecta y absoluta conformidad, la no repugnancia de la verdad católica con las otras verdades, que son el fundamento y base de las demás ciencias, tal ha sido el objeto de los trabajos de eminentes apologistas modernos, entre los cuales figuran D. Maistre, Augusto Nicolas, Hetsinger y Morgan. [...] Si llegáramos a conseguir nuestro propósito daríamos con ello un solemne *mentis* a la escuela racionalista, porque llegaría a verse tan claro como la luz meridiana, la injusticia con que acusa a la Iglesia

católica de aherrajar la razón humana dentro de los dogmas que ‘autoritariamente imponen’”.⁶

Este pasaje condensa los puntos a los que antes se hizo referencia: la primacía de la fe, la perfecta armonía entre ciencia y revelación y la idea de que la razón puede engañarnos, por lo que el conocimiento humano necesariamente posee ciertos límites. A lo largo del decenio del que este artículo se ocupa, las notas publicadas en *La Voz de la Iglesia* tienden a reproducir este esquema, aunque manifestando ciertos matices en su forma de describir los favores brindados por la ciencia. Puede ponerse, como ejemplo de una mirada más negativa, otro artículo también publicado en 1885 que, hablando de París en cuanto centro de la civilización contemporánea, la compara con una nueva Babilonia y denuncia que los progresos técnicos y científicos, cuando no se ven apuntalados por la religión, pueden ser socialmente disolventes.⁷

El principio, sin embargo, es el mismo: no hay nada malo en el progreso científico como tal, sólo resulta negativo si no es guiado por y se nutre de un sólido espíritu cristiano. Un espíritu cristiano que, al mismo tiempo, difícilmente puede estar ausente del campo científico ya que, según se afirma repetidas veces en el periódico, la profundización de tales estudios conducen de modo indefectible a la comprobación de las verdades reveladas por las Sagradas Escrituras. De manera muy interesante, en el epígrafe de un artículo publicado en 1888, con el cual se inicia una serie titulada “Indiferentismo religioso, reaccion y sus causas”, puede leerse la siguiente cita: “Los principios elementales de la ciencia nos conducen fácilmente al naturalismo, así como el conocimiento profundo de la misma nos lleva a la religión”.⁸ Éstas son las mismas palabras utilizadas por León XIII en la carta pastoral antes citada, y cuya inspiración puede incluso rastrearse a Francis Bacon cuando afirma que “It is true, that a little Philosophy inclineth Mans Minde to Atheisme; But depth in Philosophy, bringeth Mens Mindes about to Religion” (Bacon, 1597: 33).

⁶ *La Voz de la Iglesia*, “La Infalibilidad del Romano Pontífice en sus Relaciones con la Libertad de la Razón”, 13 de enero de 1885, Biblioteca Nacional.

⁷ *La Voz de la Iglesia*, “La ciencia moderna pintada por uno de sus admiradores”, 2 de enero de 1885, Biblioteca Nacional.

⁸ *La Voz de la Iglesia*, “Consideraciones. Indiferentismo religioso, reaccion y sus causas”, 3 de septiembre de 1888, Biblioteca Nacional.

Recuperando el trabajo antes citado de Rupke, el siglo XIX se constituyó como un período en el que los científicos cristianos –y muy particularmente los protestantes– ensayaron distintos esquemas de armonización entre ciencia y fe que permitieran lidiar con las aparentes discrepancias entre la Verdad revelada y los nuevos descubrimientos. De Asúa afirma, sin embargo, que la Iglesia Católica se mantuvo mucho más intransigente con respecto a las cuestiones científicas, y que esta situación sólo comenzó a flexibilizarse ligeramente con la publicación de la encíclica *Providentissimus Deus* en 1893. En *La Voz de la Iglesia*, no obstante, parece realizarse un esfuerzo por conciliar fe y ciencia, aunque siempre subordinando de forma inflexible la segunda a la primera. En este sentido, puede decirse que esta publicación católica, posiblemente acuciada por el gran interés que el público general desplegaba con respecto a los avances científicos, propuso distintos *esquemas asimétricos de armonización*, según los cuales la ciencia y la religión se mostraban necesariamente de acuerdo, pero ante cualquier discrepancia siempre debía la fe actuar como la voz realmente autorizada. Para poder ser tomadas en cuenta las teorías científicas debían estar perfectamente probadas –como sería reafirmado en la encíclica *Providentissimus Deus*–, aunque esta aparente apertura puede ser matizada si se afirma que la posibilidad de aceptar o no dicha “confirmación” parecía bastante flexible.

Para ahondar en este punto es interesante apelar a algunas de las cuestiones clave concernientes a este debate. La primera de ellas es la que se refiere al tema de la antigüedad del mundo y del hombre puesto que, como anteriormente se expuso, resultó difícil articular los nuevos descubrimientos geológicos con la narración del Génesis. En este período parece haber cuatro artículos que tratan de forma exclusiva estos temas –aunque son muchos más los que lo mencionan de un modo subsidiario, a la vez que plantean cuestiones más generales sobre el vínculo entre ciencia y religión–: dos de ellos tratan el tema de la antigüedad de la tierra y los otros dos hablan sobre la evolución.

El primero de ellos, editado en 1887, manifiesta una postura particularmente rígida con respecto a la ciencia, y no se adecua del todo a la línea más general que el periódico tiende a adoptar en el tratamiento de estos temas. En éste se expone que son dos los tipos de estudios científicos que pueden perjudicar a la religión: aquellos que utilizan datos empíricos para negar la veracidad del Génesis, y aquellos que se esfuerzan por mostrar cómo las más modernas teorías están en realidad de acuerdo con dicho texto:

“El científico verdaderamente ha de sostener y sostiene que las ciencias fisico-naturales deben recurrir á los Libros santos, para buscar en ellos su inspiración y su conformidad; y no que éstos deban amoldarse siempre á las teorías é hipótesis que entonces primen en las ciencias, por no decir sujetarse á los caprichos á quienes las más de las veces gratuitamente se llama sabios.

La relación de Moisés es cierta, no porque esté en armonía con lo que nos dicen las ciencias fisico-naturales, no, sinó porque así lo dice la Iglesia.”⁹

Sin embargo el autor no se mantiene en un simple argumento de que el Génesis es parte de la Revelación y por lo tanto no puede ser cuestionado ni necesita ser demostrado. Agrega a ello el hecho de que las ciencias son volátiles, y que nunca puede contarse con que una de sus hipótesis vaya a mantenerse en el tiempo, para lo cual describe un conjunto de experimentos realizados en Berlín que, intentando descifrar las variaciones térmicas en las capas internas de la tierra, refutan anteriores resultados obtenidos sobre el mismo tema. Por lo tanto, incluso en este texto que es posiblemente el más anti-científico de los que pueden encontrarse en el periódico, se debe recurrir a una cuestión extra-sagrada para demostrar la necesidad de privilegiar la Revelación.

El segundo artículo que trata la cuestión del Génesis es mucho más cercano a la línea global adoptada por el medio, y pretende demostrar que no existe contradicción entre las teorías científicas “probadas” y el relato bíblico:

“séanos lícito repetir una vez más q’ la ciencia religiosa ‘no rechaza ninguna verdad científica *bien demostrada*’; sólo excluye de su seno las hipótesis gratuitas que directa ó indirectamente puedan afectar su verdad fundamental, afirmando de paso, que la verdadera ciencia lejos de ser enemiga declarada del dogma, es por el contrario su más decidido y poderoso auxiliar. No hay razón, pues, para afirmar la antigüedad indefinida del hombre sobre la tierra, basada únicamente en el inseguro estudio de los fósiles orgánicos encontrados en las diversas formaciones geológicas por cuanto no pueden suministrarnos ríguosamente ningún dato positivo. Por lo tanto carecen de autoridad suficiente.”¹⁰

⁹ *La Voz de la Iglesia*, “¿Qué se admiran?”, 27 de mayo de 1887, Biblioteca Nacional.

¹⁰ *La Voz de la Iglesia*, “Indiferentismo religioso, reacción y sus causas”, 15 de octubre de 1888, Biblioteca Nacional.

Es cierto, por otro lado, que el artículo en cuestión tiene un relativo sesgo hacia el literalismo bíblico. Más adelante se critica la teoría según la cual la Tierra no puede ser tan joven dado que, para arribar hasta ella, la luz de ciertas estrellas requería viajar durante decenas de miles de años. La respuesta del redactor ante dicho argumento es ciertamente vaga, y no encuentra argumentos “científicos” sólidos que avalen su refutación. Sin embargo, no puede soslayarse que el autor construye su discurso buscando demostrar su apego a la ciencia, y sólo circunstancialmente, a su modo de ver, discrepa con uno de sus postulados.

Esta misma búsqueda de acomodar las teorías científicas con el Génesis ocurre cuando en *La Voz de la Iglesia* se trata el tema de la evolución. En un artículo de 1889 se toma la exposición de un académico alemán llamado Virchow ante un congreso de antropología, en el cual refuta los argumentos evolucionistas con el argumento de que nunca pudieron encontrarse especies intermedias que puedan representar el papel de nexos en la transformación que condujo del mono al hombre.¹¹ Y a este mismo autor se acude en otra nota, de 1893, para negar nuevamente los fundamentos científicos del evolucionismo.¹²

Desde este periódico, como puede notarse, se manifiesta una visible preocupación por demostrar el error de ciertas teorías no aceptadas en ese momento por el catolicismo apelando al mismo plano en el que éstas eran producidas, esto es, la ciencia. Sería probablemente simplista afirmar que los católicos argentinos aplicaron, incluso para casos altamente conflictivos como los antes citados, una estrategia sencillamente “anti-científica”, que postulara sin más la primacía del relato bíblico por sobre cualquier conocimiento que la humanidad pudiera construir a través de la razón. Esto es muy distinto, de todos modos, a afirmar que la Iglesia aceptó con los brazos abiertos todas las nuevas teorías –incluso aquellas dotadas de una legitimidad muy fuerte en el campo científico– que pudieran atentar contra las verdades reveladas y el relato construido en torno a ellas. Los católicos debían caminar una estrecha senda que les permitiera a la vez reivindicarse como sostenedores de la civilización, la racionalidad y la ciencia –

¹¹ *La Voz de la Iglesia*, “El hombre no es descendiente del mono”, 10 de octubre de 1889, Biblioteca Nacional.

¹² *La Voz de la Iglesia*, “Inconsistencia científica del transformismo”, 24 de febrero de 1893, Biblioteca Nacional.

en lo cual el neo-tomismo cumplía un papel privilegiado–, pero conservando la prerrogativa de significar estos conceptos, al menos parcialmente, a su manera.

El esfuerzo por mostrar un perfil del catolicismo en armonía con la ciencia puede también observarse en dos diferentes cuestiones: la gran publicidad otorgada en el diario a todo evento científico católico –o en el que la participación católica fuera prominente–, y la celebración y exaltación de los “sabios católicos”. Con respecto al primer punto, *La Voz de la Iglesia* hace referencia a un conjunto de encuentros de esta índole que tuvieron lugar a lo largo de los años, expresando en todos los casos un similar discurso que apunta a exaltar a los hombres de ciencia católica y a postular la idea de que la Iglesia no se encuentra de ningún modo reñida con el progreso en dicha área. Puede ponerse como ejemplo el caso de la Exposición de Turín organizada en 1885 por el Reino de Italia. Se lee en *La Voz de la Iglesia* que:

“...la exposición de Turín ha venido a dar el millonésimo mentís á los que sostienen que el clero católico es ignorante, rutinario, enemigo de todo progreso, y especialmente de aquellos que se relacionan con las ciencias exactas y naturales.

En efecto; en la Exposición de Turín, el clero, ese clero oscurantista, tiene el primer puesto en las ciencias físicas, en astronomía y meteorología.”¹³

El anterior fragmento conduce a pensar que, para los editores de este periódico, no era un tema desdeñable el de mostrar a la Iglesia en línea con los progresos científicos de la época. Otro ejemplo de este tipo puede encontrarse en un artículo de 1887 que, bajo el sugerente título de “¡Retrógrados!”, detalla cómo el jesuita Padre Ferrari, por disposición de León XIII, se uniría a un grupo internacional de astrónomos en un viaje a Moscú para estudiar un eclipse total de sol que podría verse desde esa ciudad.¹⁴ Ese mismo tono celebratorio y, puede decirse, desafiante, es utilizado para informar sobre diferentes congresos científicos estrictamente católicos, entre los que puede mencionarse: la Exposición Vaticana de 1888,¹⁵ el Congreso de Científicos

¹³ *La Voz de la Iglesia*, “El clero y las ciencias”, 29 de enero de 1885, Biblioteca Nacional.

¹⁴ *La Voz de la Iglesia*, “¡Retrógrados!”, 6 de octubre de 1887, Biblioteca Nacional.

¹⁵ *La Voz de la Iglesia*, “Sección científica”, 2 de marzo de 1888, Biblioteca Nacional.

Católicos realizado en París ese mismo año,¹⁶ y un segundo Congreso Católico en esa misma ciudad organizado en 1891.¹⁷

No es difícil observar, nuevamente, el modo en que este diario católico apeló a una imagen que lo mostraba cercano a la ciencia como medio de legitimación. Esta misma estrategia puede observarse en la exaltación que realiza de los académicos católicos cuya consagración en las altas esferas del saber era indiscutible. Es particularmente interesante, para examinar este punto, una pastoral del Arzobispo Federico Aneiros que *La Voz de la Iglesia* reproduce el 9 de febrero de 1894. En este documento, que habla en términos generales de los males de la época y de la necesidad de profundizar en la doctrina católica para combatirlos, se presta una atención nada desdeñable a las cuestiones de orden científico. Refiriéndose a la incredulidad manifestada por algunos sistemas filosóficos a él contemporáneos, Aneiros señala que:

“Nuestro dogma ó creencia y conducta cristiana no tiene que temer investigaciones científicas, pues que bien puede aliarse en la misma persona una ciencia profunda, un gran celo por las indagaciones científicas con una fé viva en la doctrina cristiana. Rogelio y Francisco Bacon nos dicen que el estudio superficial podría conducir al ateismo, pero que un estudio más profundo conduce ó lleva hácia la Religión. Los tres padres de la astronomía moderna, Copernico, Newton y Kepler eran sabios, piadosos y creyentes...[...] Los cristianos, pues, podemos, sin despreciar la ciencia, pedir la explicación de estos terribles misterios, á una lumbrera, mas segura pues que viene del cielo, luz que nos ha sido revelada por Jesucristo, guía y preceptor de las naciones”.¹⁸

Aneiros se apropia de los grandes científicos católicos para demostrar la no contradicción entre fe y progreso de la ciencia, al mismo tiempo que remarca, de todos modos, que la inspiración sagrada no deja de ser superior.

¹⁶ *La Voz de la Iglesia*, “¿De qué se admiran?”, 15 de mayo de 1888, Biblioteca Nacional.

¹⁷ *La Voz de la Iglesia*, “Congreso Católico Científico de París”, 5 de mayo de 1891, Biblioteca Nacional.

¹⁸ *La Voz de la Iglesia*, 8 de febrero de 1894, Biblioteca Nacional. Pueden encontrarse otros ejemplos de esto en las ediciones del 26 de enero de 1885, en la que se reproduce una lista no escueta de distintos sabios católicos y sus aportes a lo largo de la historia, y del 12 de julio de 1886, en la que se celebra la figura de Pasteur.

Pero, más allá de esto, que se encuentra en línea con lo que se describió hasta aquí, es llamativo el hecho de que esa información se encuentre presente en un documento público del arzobispo. Aunque, como antes se estableció, *La Voz de la Iglesia* era un medio estrechamente vinculado con la curia, puede coincidir con Auza que era un “órgano oficioso pero no oficial”. La mención de estos temas en una declaración efectivamente oficial, entonces, parece tener un componente novedoso.

Para concluir con este apartado se abordará ahora, muy brevemente, el tema de la divulgación científica en este periódico. Abundan los artículos que, desde una posición completamente neutra en términos religiosos, se dedican a ensalzar los grandes descubrimientos de la época y a darles publicidad. La línea editorial de *La Voz de la Iglesia* no se distinguió de la de otros diarios liberales con los que fácilmente podría haberse enzarzado en disputas en otros terrenos; indudablemente el tópico del avance científico resultaba demasiado popular como para ser soslayado, incluso por un periódico católico que abogaba por una regeneración moral de la sociedad a partir de la doctrina de Cristo como punto central de sus discurso.

En una nota, por ejemplo, titulada “Los grandes descubrimientos de 1885”, desde el diario se celebra ese año como portador de tres formidables avances: la cura de la rabia, el progreso de la aerostación dirigible y la transmisión de la fuerza por medio de la electricidad. Y se corona la información con las siguientes palabras: “...creemos que lo expuesto basta para determinar el continuo progreso que la inteligencia del hombre realiza, y para dejar marcado una nueva senda gloriosa entre las muchas que nuestra época dejará abiertas á la consideración de las generaciones venideras”.¹⁹ Como podrá notarse, no hay ningún indicio en el fragmento anterior que señale que es éste un medio de prensa confesional.

A esto se suma la edición de centenares de notas de divulgación que, en distintos períodos, aparecieron casi diariamente. Sólo a modo ilustrativo puede mencionarse una columna, a cargo de la Señorita Corina Ochoa, que en los años 1887, 1888 (con particular regularidad) y 1889 fue una constante del periódico. Ochoa, básicamente, traducía artículos de distintas revistas científicas internacionales, ocupándose de temas tan diversos como la aparición de nuevas centrales eléctricas en Estados Unidos, el tratamiento de la rabia o el

¹⁹ *La Voz de la Iglesia*, “Los grandes descubrimientos en 1885”, 22 de marzo de 1886, Biblioteca Nacional.

modo en que el reuma podía, en determinadas circunstancias, afectar con virulencia las manos de los pianistas.

La “mala ciencia” como soberbia y desviación

La esfera científica, entonces, no resultó en absoluto ajena para los católicos argentinos. Esto no significa, sin embargo, que la ciencia en su totalidad fuera ensalzada como una íntima aliada de la fe; junto a las prácticas científicas consideradas loables, que no entraban –ni, de hecho, *podían* entrar– en contradicción con el dogma católico, emergía una ciencia prometeica que desafiaba las verdades de Dios y procuraba la obtención de un conocimiento absoluto al que el hombre jamás podría verdaderamente acceder. Esta modalidad de la búsqueda del saber, asociada primero con cierta laxitud y luego con creciente fuerza al positivismo, fue condenada en duros términos por *La Voz de la Iglesia* a lo largo de todo el período.

Este espacio ambivalente que ocupó la ciencia en el discurso católico se ve reflejado en el siguiente pasaje, extraído de un artículo publicado en *La Voz de la Iglesia* el 12 de abril de 1887 abocado a comentar los límites del pensamiento científico:

“La ciencia moderna es, generalmente, estúpidamente soberbia. En vez de dirigir sus progresos y descubrimientos a la glorificación del Creador se sirve de ellos para negarlos y blasfemar de él. [...] ‘Dios, dice [un sabio católico], entregó el mundo á las disputas de los hombres; quiso que nosotros estudiásemos su conformación y penetrasemos los secretos de las relaciones de sus partes; quiso que poco á poco descubriésemos las fuerzas que causan los múltiples y variados fenómenos; quiso que nos aprovechásemos de esas fuerzas en bien de nuestra prosperidad material, para proporcionarlos comodidades y placeres lícitos. Así pues son dignos de encomio los que en las investigaciones que hacen de la naturaleza entienden conformarse con esos designios de la Providencia divina, y merecen todo reproche aquellos que se sirven de los descubrimientos científicos para combatir con impía audacia al sapientísimo autor de la naturaleza’.”²⁰

²⁰ *La Voz de la Iglesia*, “Las humillaciones de la ciencia”, 12 de abril de 1887, Biblioteca Nacional.

Aquí se retoma la noción de que la ciencia debe marchar en acuerdo con la Revelación, resultando en una desviación aquellos postulados que pretenden atentar contra las verdades emanadas de ésta. Aunque es razonable afirmar que este esquema se aplica de un modo relativamente general, resulta necesario recalcar que no son las ciencias naturales las que reciben las críticas más duras de *La Voz de la Iglesia*, sino las ciencias humanas. Al menos hasta cierto punto, cuando se trata de una cuestión vinculada a la edad geológica de la tierra o a la evolución se intenta replicar con argumentos propiamente científicos, intentado desacreditar ciertas teorías en beneficio de otras; cuando se habla del plano más estrictamente “humano”, por otro lado, las réplicas adquieren una vehemencia mucho mayor, tornándose casi virulentas. En un artículo con fecha del 7 de febrero de 1885 –que resulta particularmente interesante porque parece ser uno de los primeros momentos en que se ataca de un modo directo a las teorías criminológicas positivistas, aunque sin llamarlas todavía por ese nombre–, por ejemplo, se afirma que, “a pesar de la enormidad de sus pretensiones de lo hinchado de su soberbia”, es muy poco lo que la ciencia puede realmente saber. El autor de la nota plantea cómo, cuando “los sabios” se ven enfrentados a escollos importantes en sus explicaciones del mundo natural, dirigen su mirada hacia el hombre y “se descuelgan de vez en cuando con unas teorías morales tan divertidas, que si llegaran a prevalecer nos habrían hecho un pan como unas hostias [sic]”.²¹

Parece evidente que la constante ridiculización de las teorías científicas sobre la sociedad y el hombre avanza en paralelo al conflicto con la cosmovisión liberal, a la que se pretende desprestigiar incansablemente a través de las páginas del periódico. Como se afirmaba en un apartado anterior de este trabajo, la segunda mitad del siglo XIX se constituyó en un escenario portador de grandes desafíos para la Iglesia, con el avance del liberalismo y de los proyectos laicizantes. Puede comprenderse, entonces, que la intromisión de la ciencia en un terreno que los católicos deseaban resguardar con particular recelo –esto es, el de la posición ocupada por el hombre dentro de la sociedad, y la necesaria subordinación de uno y otra a Dios– resultara mucho más acuciante que el debate sobre un conjunto de teorías geológicas o biológicas

²¹ *La Voz de la Iglesia*, “Cosas de la ciencia, ó, ¡estamos divertidos!”, 7 de febrero de 1885, Biblioteca Nacional.

que distaban de ser hegemónicas en el ámbito científico y que podían, hasta cierto punto, ser encaradas con un mayor espíritu crítico.

Al mismo tiempo, esta idea de un racionalismo que pretende exceder sus límites “naturales” se condice con una perspectiva mucho más general que observa en la sociedad de este tiempo una gran miseria moral. Es evidente, a partir de la lectura de *La Voz de la Iglesia*, que existe una cierta línea que vincula corrupción moral, racionalismo, ateísmo –o al menos acatolicismo– y modernidad: en general, sea al hablarse de la ciencia o del progreso y la modernidad en general, no se las ataca en términos esenciales, sino sólo en la medida en que le dan la espalda a la fe. De este modo, el progreso material, por ejemplo, no tiene nada de condenable en sí mismo –y esto resulta evidente cuando se leen los muchos artículos del periódico que dan cuenta, fascinados, de las innovaciones tecnológicas de la época–, pero puede ser peligroso si se cae en su idolatría.

Este vínculo entre la entronización del racionalismo y la decadencia moral puede observarse en un artículo de enero de 1885:

“Que la sociedad languidece en su vida moral, nos lo dice la prensa en mil variados tonos, al transmitirnos las aberraciones del entendimiento humano, que pretende extender sus lucubraciones más allá de lo racional, perdiéndose en intrincados laberintos de sistemas racionalistas, donde no es posible penetrar sin caer en el abismo de la duda y desconocer hasta el origen de su propia existencia. [...] quien tiene la penosa misión de catequizar á un pueblo, descubre bien á las claras hasta donde han descendido el sentimiento moral de las gentes, y como consecuencia de la gran corrupción que existe en los que forman las arterias del cuerpo social”.²²

De este modo, cuando la búsqueda del conocimiento olvida su lugar de natural subordinación en un mundo que debe en todo momento mirar hacia Dios, cuando se pierde en “intrincados laberintos de sistemas racionalistas”, es derribada de su lugar privilegiado como compañera de la fe y debe ser censurada. Aunque el destinatario de esta condena no se pone de manifiesto explícitamente, es razonable imaginar que se apunta a través de ella contra la ideología liberal, objeto de una crítica constante por parte de *La Voz de*

²² *La Voz de la Iglesia*, “Un mal conocido y un remedio necesario”, 28 de enero de 1885, Biblioteca Nacional.

la Iglesia. Resulta interesante, por otro lado, que con el paso de los años sería el positivismo la corriente de ideas señalada como la principal fuente de “aberraciones” en el terreno científico, creciendo este discurso de anatema de forma paralela a su expansión y consolidación en el ámbito científico.

La antropología positivista como encarnación de la ciencia desviada

Aunque el pensamiento positivista poseyó, ciertamente, múltiples ramificaciones, el principal blanco de los ataques derramados desde *La Voz de la Iglesia* se encontró constituido por la criminología positivista y por lo que los católicos consideraban su erróneo basamento antropológico. Por más que la criminología argentina se nutrió de múltiples fuentes y, a través de un proceso de reinterpretación y producción local se distanció del modelo biologicista postulado por Lombroso, fue contra éste que el periódico destinó la mayor parte de sus críticas. En este sentido, el punto de mayor conflicto parece haber sido el rígido determinismo lombrosiano, que el medio católico desestimaba férreamente a la vez que realizaba una defensa del libre albedrío como característica esencial del hombre.

Ya en un artículo de 1885, antes mencionado, se ridiculizaba el concepto de “psicopatía” utilizado en un tribunal de San Petersburgo para proponer que una acusada no podía ser castigada, dado que no se le podía acreditar una efectiva responsabilidad sobre sus actos. En este caso, sin embargo, no se vincula el episodio con un cierto corpus de ideas positivistas, sino que se lo expone de acuerdo a la línea antes señalada según la cual los hombres de ciencia tienden a caer en grandes errores cuando aplican sus teorías a la sociedad humana: “Y es que los sábios son así: en cuanto ven que tienen que detenerse aturridos y ciegos ante un simple microbio, vuelven sus arrogantes ojos hacia el espíritu humano, hacia sus fenómenos psicológicos y morales, y ¡aquí que no pecó! alla ván doctrinas á capricho y dogmas a gusto del consumidor.”²³

Ya en una nota de 1888 se comienza a identificar al positivismo como la encarnación privilegiada de este pensamiento soberbio, pero sin que se mencione todavía la “antropología positivista”. Ésta es abordada por primera vez en las páginas del periódico en un artículo de 1889, y a partir de ese momento el interés por desacreditar al positivismo –ahora sí llamado muy a conciencia por

²³ *La Voz de la Iglesia*, “Cosas de la ciencia, o, ¡estamos divertidos!”, 7 de febrero de 1885, Biblioteca Nacional.

ese nombre– no hará más que ir en aumento. En la publicación referida, escrita con un cierto tono de alarma, los motivos de la oposición a la que se considera una doctrina profundamente equivocada y peligrosa son expuestos claramente:

“El materialismo nos invade y el orden moral peligra ante el desarrollo de teorías tan absurdas como ridículas, con que la escuela positivista pretende explicar los secretos del crimen y los progresos del vicio, buscando su origen caprichosamente en el exámen del organismo humano y haciendo caso omiso de lo que constituye esencialmente al ser racional y lo distingue del resto de la creacion visible: su libre albedrío”.²⁴

El autor de la nota considera que este tipo de nociones, particularmente peligrosas dada su favorable acogida en el ámbito de la medicina legal y el derecho penal, son “fruto legítimo de la influencia del materialismo filosófico”, señalado como una gran fuente de los males morales contemporáneos. La condena a estas teorías posee al mismo tiempo un componente dogmático –porque “El predominio de la razón y de la voluntad en los actos humanos, sobre el organismo material es un axioma”²⁵ – pero también uno de orden práctico: al descartarse la responsabilidad individual como elemento primordial del proceso penal, no se hace otra cosa que abrir las puertas a la impunidad y, de su mano, al caos.

Por otro lado, resulta interesante que no se procure plantear una refutación sostenida estrictamente sobre la fe y la necesaria verdad del dogma, sino que se torna necesario agregar cómo la frenología se encuentra completamente desprestigiada en el propio ámbito científico. Esta necesidad de enfrentar a los discursos de raigambre científica en su propio terreno –que en todo caso es mucho más evidente cuando se tratan temas de ciencias naturales– se pone claramente de manifiesto en una serie de artículos publicados a lo largo de 1890. Como se afirma en el primero de ellos, al justificarse la tarea emprendida:

“Convencidos, pues, de esta verdad [el avance del positivismo], y convencidos de que es el único medio de hacer algo por la causa de la verdadera ciencia, que siempre defenderemos, comenzamos la publicación de una serie de artículos, en los que trataremos de demostrar la

²⁴ *La Voz de la Iglesia*, “¡Ay de la sociedad!”, 9 de febrero de 1889, Biblioteca Nacional.

²⁵ *La Voz de la Iglesia*, “¡Ay de la sociedad!”, 9 de febrero de 1889, Biblioteca Nacional.

falta de fundamento científico de muchas de las afirmaciones gratuitas en que funda su teoría la mal llamada ‘ciencia nueva’”.²⁶

Se intenta de este modo prestar una mano a los “científicos verdaderos”, que encuentran cada vez menos espacios ante el avance irrefrenable del positivismo en los ámbitos académicos, quedando de ese modo relegados y desprestigiados. No puede dejar de notarse cómo este medio realiza importantes esfuerzos por formular una refutación “científica” de la triunfante antropología criminal: no parece razonable descartar las teorías científicas sencillamente desde la fe y la revelación, sino que se deben utilizar los propios términos del debate para participar de él. Puede postularse, entonces, que en un mundo fascinado con el progreso y la ciencia, como lo era occidente durante los últimos decenios del siglo XIX, resultaba preciso recurrir a las matrices discursivas emanadas de éstas para legitimar el propio discurso.

El objetivo principal, sin embargo, se mantiene incólume: defender la primacía del libre albedrío y de la responsabilidad individual frente al crimen. Como se afirma en el artículo antes citado:

“El positivismo penal, al fundar su doctrina, comienza por descartar, ante todo, con un atrevimiento censurable, el principio que ha servido hasta el presente al derecho de castigar; niega el *libre albedrío* y por tanto la *responsabilidad individual*, lo niega dando por razón el que es un ‘principio controvertido’...”

[...] ¿Y cual nos dan los positivistas, cual es el principio por el que cambian es libre albedrío? Otro mas teorico, mas controvertido y menos conocido: el de la ‘responsabilidad social, ó sea que el individuo es responsable por el hecho de vivir es sociedad’”.²⁷

En los posteriores artículos que componen esta serie se intenta profundizar en estos puntos y demostrar con argumentos lógicos la falta de fundamento de la antropología positivista. Cabe aclarar que, aunque en el fragmento anterior se habla de “responsabilidad social”, los textos publicados en

²⁶ *La Voz de la Iglesia*, “La falsa ciencia. El positivismo científico”, 5 de septiembre de 1890, Biblioteca Nacional.

²⁷ *La Voz de la Iglesia*, “La falsa ciencia. El positivismo científico”, 5 de septiembre de 1890, Biblioteca Nacional.

este periódico definen como característica fundamental de la criminología positivista al determinismo biológico, de raigambre lombrosiana. De hecho, se reduce la antropología criminal a su expresión más simple: la de cómo los rasgos faciales demuestran la existencia de diversas degeneraciones.

El principal argumento que desde *La Voz de la Iglesia* se utiliza para refutar dicha teoría consiste en que la distribución de aquellas características físicas que pretendidamente funcionan como signos de tendencias criminales es en realidad muy amplia, y quienes las poseen exceden por mucho al conjunto de los criminales de los que es posible dar cuenta. Y, cuando se afirma que los no-delinquentes que poseen rasgos de este tipo en realidad canalizan sus impulsos a través de actos inmorales aunque no ilegales, quien escribe el artículo replica que eso atenta contra la supuesta determinación biológica de los actos. Por último, se postula que los criminólogos positivistas actúan de un modo falaz, puesto que sólo analizan a los delincuentes luego de que han efectivamente delinquido, y no es difícil encontrar alguno de los infinitos “rasgos desviados” en cualquier individuo si eso se pretende.²⁸ Se concluye, entonces, que “Los pocos caracteres del criminal, en que están de acuerdo todos los escritores positivistas, son también patrimonio de la mitad del género humano; por tanto, es un ataque á la ciencia, á la lógica y al sentido común pretender establecerlos como signos de criminalidad”.²⁹

Otro ejemplo interesante –o, al menos, relativamente curioso– de esta contienda sostenida contra el positivismo se manifiesta en el espacio que se otorga a la celebración de la tesis de un estudiante de derecho, Enrique Prack, que realiza una crítica a esta corriente y que postula la prédica del cristianismo como herramienta para la valorización moral y la atenuación de la criminalidad. En el artículo donde se comenta dicho trabajo, publicado en 1892, se señala con preocupación el modo en que el pensamiento positivista infiltra las cátedras universitarias y, a través de ellas, las mentes de los jóvenes:

“Fácilmente se concibe que hayan echado raíces en el espíritu levantisco de la juventud estas teorías, trabajadas por el fermento revolucionario, q’ suenan como una protesta contra la ciencia antigua y contra el dogma

²⁸ *La Voz de la Iglesia*, “La falsa ciencia. La antropología jurídica no es científica”, 5, 6 y 9 de diciembre de 1890, Biblioteca Nacional.

²⁹ *La Voz de la Iglesia*, ““La falsa ciencia. La antropología jurídica no es científica””, 9 de diciembre de 1890, Biblioteca Nacional.

eterno. No es extraño, por lo tanto, que el Dr. D. Norberto Piñero, su porta-voz en la cátedra, sin grandes condiciones de propagandista y sin el prestigio de la originalidad, haya impuesto, sin embargo, estos desvarios como artículos de fe”³⁰

Podría argüirse que, si *La Voz de la Iglesia* prestaba espacio en sus páginas a publicitar una tesis todavía ni siquiera en proyecto de ser publicada como libro –al menos por lo que puede leerse en el artículo–, su preocupación por la creciente hegemonía del positivismo en los espacios académicos no debía ser nada desdeñable.

Reflexiones finales

Como puede leerse en las páginas anteriores, el tema de la ciencia ocupó un papel nada intrascendente en las ediciones de *La Voz de la Iglesia* a lo largo del decenio 1885-1895. A diferencia de otros periódicos católicos tales como *La Unión*, dirigido por laicos, *La Voz de la Iglesia* contaba con colaboradores que pertenecían mayormente al ámbito eclesiástico, y era de hecho muy cercano a las autoridades de la curia. Es posible postular, entonces, que, contrariamente a lo que podrían indicar ciertos lugares comunes que adjudican a la Iglesia una postura fuertemente crítica con respecto a distintos elementos de la modernidad, dicha institución tenía un profundo interés por mostrarse *aggiornada* con respecto a los principales desarrollos de la época. Y no sólo eso, sino que intentaba mostrarse como la campeona de estos desarrollos en su forma “correcta”.

Según Nicolaas A. Rupke, “El modelo del conflicto en la descripción de las relaciones entre religión y ciencia subyació a la historiografía sobre el tema desde aquel momento [la segunda mitad del siglo XIX], y durante la mayor parte del siglo XX estaba en boga hablar de ‘la guerra librada por la religión tradicional contra el conocimiento científico’” (Rupke, 2006: 166). Según este autor, sin embargo, este tipo de interpretaciones comenzaron posteriormente a ser revisadas en aras de una comprensión de mayor complejidad. Y en esa línea pretende ubicarse el presente trabajo, apuntando a demostrar que el encuentro entre los católicos argentinos y el mundo de la ciencia a fines del

³⁰ *La Voz de la Iglesia*, “El delito, ante la nueva ciencia penal”, 14 de mayo de 1892, Biblioteca Nacional.

siglo XIX fue mucho más multilineal de lo que *a priori* podría imaginarse. De este modo, resulta evidente que los editores de *La Voz de la Iglesia* realizaron un importante esfuerzo por mostrarse como aliados del avance científico, y que incluso antes de la encíclica *Providentissimus Deus* se realizaron grandes esfuerzos por armonizar los nuevos descubrimientos con la doctrina católica.

La imagen de una Iglesia que, encerrada en una defensa acérrima de la Revelación, contempla a la ciencia como un enemigo que trata de socavar sus posiciones pierde entonces parte de su peso. Puede plantearse que, al mismo tiempo que las instituciones eclesíásticas argentinas se reorganizaban al calor de los combates por la secularización del Estado, se sumergieron, completamente pero no por eso de un modo menos profundo, en un “espíritu de época” en el que los avances técnicos de la humanidad parecían estar conduciendo a un progreso de alcances insospechados. Es cierto que esta posición tuvo grandes claroscuros, y que abundaron los juicios según los cuales la civilización moderna, alejada de la religión, no podía más que llevar a una profunda decadencia moral y a la desarticulación de los lazos sociales. Pero eso no quita que la ciencia –entendida, es cierto, bajo el marco de un paradigma epistemológico específico- tuviera un lugar nada desdeñable dentro de los intereses católicos del período.

Fuentes y Bibliografía

Fuentes editas

La Voz de la Iglesia, años 1885, 1886, 1887, 1888, 1889, 1890, 1891, 1892, 1893, 1894

Revista Eclesiástica del Arzobispado, año XXI, 1911

Bibliografía

ARTIGAS, Mariano, GLICK, Thomas F. y MARTINEZ, Rafael A. (2006) *Negotiating Darwin. The Vatican confronts evolution, 1877-1902*, Baltimore, The John Hopkins University Press.

AUZA, Néstor Tomás (1975) *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Cultura y Educación.

- BACON, Francis (1597) "Of Atheism", *Essayes: Religious Meditations. Places of Perswasion and Disswasion. Seene and Allowed.* Londres. En <http://www.literaturepage.com/read/francis-bacon-essays-33.html>, consultada el 02/02/2014.
- CLARK, Cristopher (2003) "The New Catholicism and the European culture wars", en Christopher Clark y Wolfram Kaiser (eds.), *Culture Wars. Secular-Catholic Conflict in Nineteenth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 11-46.
- DE ASÚA, Miguel (2009) *De cara a Darwin, La teoría de la evolución y el cristianismo.* Buenos Aires, Lumen.
- DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris (2009) *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana.
- KRAYNAK, Robert P. (2007) "Pope Leo XIII and the catholic response to Modernity", *Modern Age*, vol. 49, issue 4, pp. 527-536.
- RUPKE, Nicolas A. (2006) "Christianity and the sciences", Sheridan Gilley y Brian Stanley (eds.), *The Cambridge History of Christianity, World Christianities, c. 1815-c.1914*, New York, Cambridge University Press, pp. 164-180.

Recibido: febrero 2014

Aceptado: abril 2014